

Cenizas.

Alguien tendría que decirle al hombre del tiempo que está equivocado. Porque cada vez que me miras, el suelo tiembla un instante, y el aire se vuelve más cálido, más agobiante. Y yo también te miro. Tus ojos gritan humo. Chispean cenizas.

¿Y ellos? Ellos nos tienen miedo. Lo leo en sus miradas, en el azufre que inspiran sus palabras. Pero aun así, algunos se acercan. Ninguno avisa al hombre del tiempo, ninguno obedece las predicciones, ni a los aparatos, ni a las señales. Ni siquiera nosotros. El suelo está más caliente, quema; mi mano se aferra a la tuya como si el suelo se pudiera romper, como si pudiera explotar. Y explota.

Al principio, llegan las piedras, diminutas; me abrasan la piel y me impiden respirar. Y luego llegan las bombas, las bombas de mentiras. Todavía huelen a tus besos, y siento como la lava que corroía mi piel, que se perdía entre las olas, en la orilla de mis lágrimas, empieza a solidificarse, se intenta abrir un camino entre las bombas. Pero no puede. No puedo. Todavía está caliente, y se queda ahí, como una nueva armadura, una nueva fortaleza.

Ahora entiendo por qué nadie llamó al hombre del tiempo. Él predijo el falso frío, pero quizás no era el indicado para detener la explosión. Recuerdo las señales, el vulcanólogo que, como un viejo amigo, nos avisó lo que podría pasar. Pero no la detuvo. ¿Acaso alguien puede hacerlo? La temperatura vuelve a bajar, el suelo deja de temblar, la lava no llega al mar.

Miro tus ojos. Un día salieron bombas. Incluso humo. Pero ya no hay nada. Ni siquiera tiemblan, ni siquiera tiemblo. Un débil suspiro de azufre se despega de tus labios, dejás escapar la última huella de lava. ¿Y ellos? Ellos vuelven, no se quedaron durante la explosión. Ellos vuelven, para recordar en lo que nos hemos convertido, en piedra, en ceniza, en polvo.

En todo.

En nada.